



FRANCESCO PACIFICO  
**La historia de mi pureza**  
SALAMANDRA. 18 €

► La aclamada segunda novela del escritor italiano Francesco Pacifico, ya calificado como uno de los de mayor talento de su generación, es de las que dejan huella en el lector gracias al estilo refinado y lleno de frescura y humor con que el autor ha delineado al protagonista de la historia, un personaje deliciosamente imperfecto y contradictorio, todo un antihéroe que desarma por la complejidad de sus argumentos y su obstinación por nadar a contracorriente y enfrentarse con el mundo que lo rodea.



El poeta manchego, otrora novísimo, Antonio Martínez Sarrión.

## Regreso del bardo, regreso de Sarrión

El poeta vuelve a las librerías con una obra cervantina, satírica y por momentos melancólica: faro saturnal de su madurez

### Poesía

POR LUCAS MARTÍN

■ Antonio Martínez Sarrión es un poeta raro, pero no de la rareza a la que el género nos tiene acostumbrados, con puntos de luz y cábalas y retortijones del lenguaje, sino raro de un modo deliberadamente profano y castizo; castizo de fardilla y tape, con una intención ambiciosa en sus primeras décadas de producción que con el tiempo, ay, se ha vuelto rudimentaria, aunque sin dejar de reconocerse en el espejo de sus mejores guiños e imágenes (pocas).

Reconozco que Martínez Sarrión suscita una simpatía que me deja casi al borde de una parcialidad poco explícita y peor disimulada; no tanto a cuenta de sus cultismos y su retranca manchega; más bien por el crédito ganado con libros eternamente juveniles, divertidos, salvajes y aceitosos, del tipo de los que le auparon, junto a Pere Gimferrer, Leopoldo María Panero y Vázquez Montalbán, en la propuesta más interesante de los novísimos, ese invento generacionalmente lacio y lastimoso de Castellet al que los años, y, sobre todo, la irrupción de cantinelas aún más endeblas como la de los Nocilla, han convertido, quién lo diría, en un artefacto notable, de gente talentosa y leída.

Martínez Sarrión, al menos, lo es y por eso sorprende tanto el registro de su último poemario, *Farol de Saturno*, a sabiendas, no obstante, de que también hubiera sorprendido cualquier otro registro. Esto es: en los setenta, el novísimo manchego llegó a un nivel de fabulación de sí mismo que



ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN  
**Farol de Saturno**  
► TUSQUETS. 10 €.

resultaba sencillo proyectarle en cualquiera de las avenidas epigramáticas que proponía, desde las formalmente más complejas, a las del gusto quevediano por el chascarrillo. Dicho de otro modo, Martínez Sarrión se encontraba en la ladera de un monte, delicioso monte, en el que confluían César Vallejo y el simpatiquismo Ramón Irigoyen, por ejemplo, y ha optado por hacerse en cada libro más y más donoso y arcipreste, más ingenioso, menos imaginativo, más con la ocurrencia que con la indagación de la poesía.

En *Farol de Saturno* hay mucho de desencanto generacional y de manchas de copa de vino. Muy en la clave de sus coetáneos que ahora pasean a sus nietos y se recuecen con Aute o con Sabina. Un conjunto de poemas en los que se atisba a menudo la genialidad y formación del albaceteño, pero también ironías que son el tópic de la ironía, a veces, incluso, carcas y frívolas, como cuando se ríe del entusiasmo juvenil por los móviles y las series americanas. Me quedo con las metáforas en las que gana peso la melancolía: «El fuego del pastor durará lo bastante / como para entregar el relevo a la aurora / sin que se note el tránsito».

## Guillermo Busutil



### El Marcapáginas

## La muerte del jilguero

uchas veces se ha escrito que la infancia es la patria del escritor. El territorio donde se esconden las raíces de todas las narraciones que se articulan desde la edad adulta, cuando la memoria se gira en medio de la calle del tiempo y busca en el pasado su rostro limpio, curioso; la vida que un día empezó a convertirse en literatura. Este regreso a lo que fuimos, a la libertad de la imaginación, a la realidad que uno podía enfrentar a los ojos sin ninguna hipocresía, tan sólo con un miedo inocente, no es exclusiva posesión de los escritores. Cualquiera persona, en cualquier momento inesperado, vuelve a la calle de su infancia, al patio de los sueños, al cine en el que todo era como una película, igual que una piedra blanca o un cristal de color erosionado por el mar. Tal vez por estos motivos, las personas y los escritores disfrutaban visitando su infancia, convirtiéndola en una historia con la que uno puede conversar consigo mismo.

**EXISTEN MUCHOS LIBROS QUE ILUSTRAN ESTE TEMA**, las emociones que conllevan, aunque no siempre la exigencia literaria es capaz de rescatar esa voz joven, pulcra, ajena a las metáforas o capaz de crear las imágenes, los razonamientos, las palabras más mágicas y no contaminadas. Uno de esos libros es *El niño perdido* de Thomas Wolfe, editado por Periférica; una de esas pequeñas editoriales que poco a poco se han abierto paso con un excelente fondo y con magníficos traductores, entre los que se contó el precozmente desaparecido Félix Romeo. *El niño perdido* es un maravilloso ejemplo de la evocación de esa infancia, narrada con sencillez, con un pespunte poético que otorga naturalidad y emoción a la historia. En sus páginas, Wolfe, reúne las voces de su familia y la suya propia para contar la huella que dejó su hermano mayor, Grover, que murió de tifus a los doce años. Wolfe, que entonces tenía cuatro, no sabía que también él moriría joven, a los 38 años la tuberculosis apagó su espléndida voz de cuentista y novelista. En cualquier caso, el escritor nos ha dejado hermosos libros como éste, donde el lector va conociendo a Grover corriendo en el tren que lleva a su familia desde Ashville a Saint Louis, disfrutando del paisaje de Indiana y sus granjas; al niño que recorre la ciudad provinciana a los doce años deteniéndose en sus escaparates favoritos, describiendo la psicología de personajes como el señor Trash, el señor Markham o el matrimonio Crocker, imaginando lo que ocultan las máquinas de coser Singer, sintiendo cierto temor ante los ataúdes expuestos en la funeraria y teniendo, por primera vez, conciencia de su identidad. Un niño ajeno a la Exposición Universal de 1909 que se celebra en la ciudad que fue el punto de partida de todos los exploradores del oeste y una famosa capital del béisbol. El lector compartirá también con la voz de la madre el dolor contenido por la pérdida, su manera de educar a sus hijos, el callado orgullo que nunca exhibió por educación. Igualmente oír a su hermana hablar con Wolfe acerca de aquellos días de juegos, en los que observaban a los adultos y Grover destacaba por su inteligencia, por su magnética personalidad. Finalmente será el propio Thomas Wolfe quien vuelva tiempo después a la misma ciudad en busca de la sombra de su hermano muerto.

**EL NIÑO PERDIDO ES, SIN DUDA**, un poético, tierno y conmovedor relato, construido con una prosa pulida, musical que provoca un elegante poder de evocación acerca del duelo, de la infancia, de un mundo perdido, igual que ese pequeño Grover que al describir Saint Louis está describiendo América y que, al verlo pasear por las páginas, es como si el lector se viese hacia sí mismo mirando de frente a la vida, a un tiempo que en esa edad no tiene pasado ni futuro. Tan sólo y es mucho, el presente de una fascinante aventura.



THOMAS WOLFE  
**El niño perdido**  
PERIFÉRICA, 2011. 15,50 €.